

13
DISCURSO FUNEBRE

QUE

EN LAS EXEQUIAS TRIBUTADAS

A LA CD 252.1

INMORTAL MEMORIA

DEL

BENEMERITO PATRIOTA CORONEL


JUAN JOSÉ NEIRA 1793-1844

PRONUNCIÓ EN LA IGLESIA

DE

PREDICADORES

el R. P. Lector Fr. Eduardo Vasquez religioso de aquella orden, el 8 de febrero de 1841.


BOGOTÁ—IMPRESA DE J. A. CUALLA.



Algunos amigos del ESCLARECIDO PATRIOTA CORONEL JUAN JOSE NEIRA deseosos de tributar á su memoria un grato recuerdo por los grandes é importantes servicios prestados á su patria i á sus conciudadanos; le consagraron un religioso homenaje en la iglesia de Predicadores con la mejor solemnidad posible. En medio de la vistosa tumba, decorada con todos los trofeos de la muerte i de la guerra, se hallaba colocado el retrato del singular NEIRA, entre dos graciosos jeníos; i á la parte superior de un enlutado i rico sepulcro, se encontraba el símbolo de gratitud con que la belleza adornó las sienas del héroe de Buenavista: al pié del mismo sepulcro descansaban las temibles armas espada i lanza que solo empuñaba el valiente NEIRA en defonza de las instituciones de su patria: en la parte inferior de este augusto túmulo se veía la estatua de una enlutada jóven coronada de laureles, que representaba á la Nueva Granada sumida en el mas acerbo dolor; ácia los costados, en suntuosos bastidores, se figuraban unas columnas de orden jónico sobre cuyos capiteles descansaban dos medias naranjas, en cuya cima se ostentaban la justicia i la fortaleza que animaron siempre al héroe granadino. Varias otras estatuas alucivas al mérito i al valor rodeaban esta tumba sagrada: á las mismas virtudes fueron dedicados algunos rasgos poéticos i prosáicos que ocupaban las bases de las columnas del templo, entre cuyas producciones del arte habia varias, debidas al sublime ingenio de algunas jóvenes bogotanas; la artificiosa penumbra de la iglesia, lo grave i armonioso de la música i del canto, i el recuerdo de tan irreparable pérdida producía las mas fuertes emociones de sentimiento en todos los espíritus enlutados: asistieron á este piadoso acto los Illmos. Señores Arzobispo de Bogotá i Obispo de Antioquia, Monseñor Internuncio Apostólico, los señores Vicepresidente de la República, Secretarios de Estado i varios empleados i multitud de convidados.



In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum.

EN TODAS LAS COSAS MUESTRATE A TI MISMO COMO DECIDADO DE BUENAS OBRAS. SAN PABLO A TITO CAP. 2, V. 7.

Señores Exmo. é Ilmo: algunos oradores se habrán visto quizás en el duro conflicto de ofender á la verdad exajerando hechos insustanciales, ó empleando un caudal excesivo de colores extraños para hacer resaltar el opaco mérito de aquellos personajes cuyas hazañas se proponían ensalzar. Pero felizmente yo no temo incurrir en semejante defecto, cuando impelido solo del amor sincero que siempre he abrigado en mi corazón respecto de las almas grandes i solidamente virtuosas, vengo hoy á ocupar este puesto sagrado, seguro de no aventurar una sola espresion que pueda profanarle. ¿ Pero cual es mi designio? ¡ Ah! Vosotros bien lo sabeis. Trasmitir á la posteridad el nombre ilustre de aquel héroe sin segundo, las espléndidas i raras virtudes de aquel hombre extraordinario, en cuya vida se fucaban nuestras mas lisoujeras esperanzas: pero cuya infansta i temprana muerte sumió á la capital de la Nueva Granada en un abismo de dolor, en un piélago de lágrimas i de inconsolables jemidos.

Si, todo este aparato sombrío que teneis á la vista, aquel tûmulo melancólico que está recibiendo vuestros suspiros, el lánguido resplandor que despiden las trémulas luces que le rodean, las fûnebres plegarias del sacerdocio que por mas de una hora han ocupado el recinto de este santuario venerable, elevándose reunidas hasta el trono del Altísimo; i la imájen de la mas profunda tristeza que advierto marcada en vuestros semblantes; son todas patéticas demostraciones con que la noble sensibilidad del pueblo bogotano se esfuerza á manifestar la dura pena, la excesiva congoja que le oprime por la pérdida lamentable que sobrevino á toda la Republica en la madrugada del dia 7 de enero. Dia, para nosotros, de funesto recuerdo por el triunfo desastrado que en él obtuvo la muerte sobre la preciosa vida del inclito, del magnánimo coronel JUAN JOSE NEIRA.

Los incendios puros del amor patrio, que siempre traze enardecido su pecho, inmolaron al fin esta víctima jenerosa en las aras del honor i de la justicia, habiendo seguido hasta la muerte (como perfecto cristiano) la senda trazada por el Espiritu Santo en el Eclesiástico: *pro justicia agonizare— et usque ad mortem certa pro justitia.* La parca inexorable, cortando por medio la brillante cadena de sus años, baze

las esperanzas de un pueblo, que anhelaba conservarle en su seno, como al mas firme apoyo de sus garantías, no solo políticas sino tambien religiosas. En el silencio de la noche, cuando todos los habitantes de la ciudad reposaban en la confianza ilusoria de que su salud se iba restableciendo de una manera positiva, un ataque imprevisto arrastra su vida al último período: recibe el golpe fatal que pone término á su gloriosa carrera; apenas le deja tiempo para reiterar en manos de un sacerdote la profesion de su fé católica que jamás llegó á desmentir. Aquel cuerpo gallardo, que parece haber sido formado para trono del valor, estenuado por las fatigas de la campaña, cubierto de honrosas cicatrices, manando todavía sangre las heridas recibidas en Paipa i Buenavista, exhala el último aliento, con aquella fortaleza i serenidad propias de un héroe cristiano. Su espíritu denodado se traslada gozoso á una mansion pacífica, libre de los quebrantos que acá en la tierra hacen molestá la vida. Pero la grata memoria de sus virtudes, revestida con los caracteres de la inmortalidad, se perpetuará de jeneracion en jeneracion, mientras existan en este pais justos apreciadores del mérito. Mas para cumplir con el deber que me impone de confirmar los justos motivos que tuvo el pueblo de Bogotá para regar con sus lágrimas el cadáver i la tumba del coronel NEIRA, trazare un ligero, i como es natural, imperfecto bosquejo de las mas relevantes prendas que distinguieron á este insigne i venerable compatriota nuestro. Vereis puntualmente observada por mí aquella importantísima exhortacion del Apóstol: sed siempre un vivo dechado i ejemplar de buenas obras. *In omnibus*. Efectivamente señores: en el ominoso reinado del egoismo, de la perfidia i de la ambicion, el coronel NEIRA fué para los granadinos un modelo sin ejemplar del mas puro i desinteresado patriotismo. En un siglo como el nuestro, marcado con el espíritu de irreligion i liberfinaje, apareció siempre el coronel NEIRA como un modelo intachable del mas acendrado catolicismo. Si tengo la fortuna de probar estas dos proposiciones, habré logrado igualmente acreditar la exácta aplicacion de mi thema: *In omnibus*. . . . Daré principio á la primera.

Todo se altera, todo se corrompe, de todo se abusa en el mundo. I causa no poco asombro el jeneral convencimiento de que la ignorancia, ó mas bien, la perversidad de muchos se esfuerza cada dia á profanar hasta el mismo nombre de las virtudes, que por su origen divino i por su candor intrínseco, debieran permanecer incontaminadas. Entre nosotros la voz patriotismo se ha corrompido i destigurado con tal exceso que convertida así en una expresion vaga, jenerica i acomodaticia, se adapta torpemente aun para cubrir i disfrazar, con su

respetable manto, las intrigas, la ambicion, la perfidia i demas conatos innobles. Serán rarísimas las veces que se haya tomado esta palabra en su estricto i riguroso sentido.

Fastidiados [de oír preconizar por todas partes merecimientos patrióticos, i compunidos al mismo tiempo nuestros corazones al contemplar el extremo de ruina, de abandono, de inmoralidad i disociacion en que se encuentra nuestro desgraciado pais, nos confundimos, no pudiendo conciliar dos extremos tan opuestos; porque del mismo modo que son incompatibles la luz i las tinieblas, lo son igualmente el estado de alarma i de conmociones intestinas, con los jenerosos sentimientos de un pueblo patriótico. Es un hecho incontestable, que en las naciones donde reina el patriotismo, el órden, la paz, la buena fé, la prosperidad, parece que se disputan la supremacia de hacer felices á los ciudadanos. En donde hai patriotismo, se desconoce el horrendo crimen de rebelion, i se guardan religiosamente los juramentos. En donde hai patriotismo, los hombres de todas clases viven siempre consagrados al trabajo, perfeccionando la industria, i no como tropas de pordioseros, mendigando destinos para adquirir una subsistencia precaria. En donde hai patriotismo, las rentas públicas no son consideradas como el patrimonio de algunos intrigantes imbéciles, pero afortunados. En donde hai patriotismo, no se hace un vergonzoso monopolio de los empleos lucrativos. En donde hai patriotismo, las autoridades civiles i eclesiásticas son respetadas i obedecidas. En donde hai patriotismo, los legisladores del pueblo consultan los arcanos de la sabiduría i de la prudencia, i no las novelerias ridículas i perjudiciales que caracterizan al siglo. En donde hai patriotismo, jamás se descubrirá el parto monstruoso de leyes impolíticas ó decretos tamerarios que ajiten la discordia, que ataquen las bases del edificio social, i que autorizen el sacrilejio.

Aplicad señores estas reglas sencillas á la historia bien conocida de nuestra República, i fallad sobre el patriotismo de vuestros conciudadanos. ¡O quanto temo que os veais precisados á confesar, aunque con dolor: que entre nosotros los que decantan mas patriotismo, son los que mas han elevado su fortuna sobre las ruinas del pueblo: los que han gozado por mas largo tiempo sueldos crecidos, sin merecerlos: los que mayores intrigas i patrañas han forjado en las asambleas, para contrariar el espíritu público, i para hacer de la Nueva Granada un segundo laberinto de Creta: los que... Pero corramos un velo sobre este cuadro tenebroso. Me fué indispensable descubrirnos una pequeña parte de su fondo, para hacer que entre las negras sombras que le rodean, sobresalgan con mas esplendor i bizarría los vistosos colores que esmaltan el

prototipo de las virtudes patrias. ¡O NEIRA prodijioso, raro y privilegiado!; vos solo merecisteis orlar vuestras sienes con los inmortales blasones á que os hizo acreedor un patriotismo no menos sublime que desinteresado. A vos solo se debe de justicia el magnífico timbre de patriota grande por excelencia. Solo vos disteis en Granada el heroico ejemplo de sacrificar vuestro reposo, vuestra fortuna, vuestra sangre, i últimamente vuestra vida en defensa de los derechos del pueblo, sin prometeros mas recompensa que el amor, la gratitud i las lágrimas de vuestros conciudadanos. Ved ahí señores, al nuevo Macabeo que prefirió sacrificar mil veces su vida en el campo de batalla mas bien que sobrevivir á las desgracias que amenazan á su patria. "*Melior est mori in bello, quam videre mala gentis nostrae.* ¡Cuántas veces, inflamado de celo i de entusiasmo, esciamos: "para que los trastornadores, enemigos de la pública felicidad, logren un triunfo completo, tendrán que pasar primero por sobre mi cadáver. ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué nobles sentimientos! ¡Oh! si me fuese dado esculpirlos con márcas indelebles en las láminas de vuestros corazones!

Entre los héroes mas notables i famosos, cuyas proezas nos recomienda la historia, hubo muchos, si no la mayor parte, que al principio i medio de su carrera, brillaron como astros de primera magnitud, llenos de méritos sobresalientes, colmados de aplausos i de honores; pero que al declinar los últimos años de su vida, se hallaron ya destituidos de aquel esplendor pasajero que poco antes los habia deslumbrado; sus glorias eclipsadas, ó estinguidas del todo, tal vez por algunas demasías en que incurrieron, ó por los maléficós cenatos de la envidia que todo lo mancha i desfigura, ó porque la natural inconstancia i versatilidad del pueblo olvidó mui pronto cuanto les debia.

Estas esconas han sido i son tan frecuentes en el mundo, que Cornelio Tácito hace consistir la insigne felicidad de Agrícola, en haber muerto con él mismo aprecio i consideraciones que mereció en vida. Pero es cierto, señores, que ni Agrícola, ni alguno de los pocos que han logrado con él este raro privilegio, llegaron á ser tan dichosos como el inmortal coronel JUAN JOSE NEIRA. Sí, NEIRA fué grande en su vida, mas grande en su muerte, i máximo reposando en la tumba. Una rápida ojeada sobre la historia de este atleta siempre admirable, siempre bendecido i amado, será suficiente comprobante de esta verdad, que nadie se atreverá á desmentir.

En órden á su nacimiento, á la nobleza i demás prerrogativas hereditarias que distinguieron á sus progenitores, me contentaré con decir del coronel NEIRA, lo que el doctísimo Arias Montano dijo, hablando de Josué, esto es, "que aquel famoso caudillo de los Israelitas, antes que la fortuna, ó mas

bien la mano de Dios, lo hubiese ensalzado á la cumbre del honor en que se vió constituido despues de la muerte de Moisés, se llamó siempre en las Escrituras hijo de Num, como para recomendar su persona por los títulos de familia. Mas luego que su dignidad, su valor, sus victorias le adquirieron grandes méritos personales, quedaron ya como obscurecidos, i no volvieron á mencionarse los de su prosapia."

Solo para elojiar á una persona que carece absolutamente de mérito, i de recomendaciones individuales, puede recurrirse al boato, á la nobleza de origen, á los empleos distinguidos que obtuvieron sus antepasados. Pero esto es indigno de aquel espíritu giganteo que, ayudado de sus propios esfuerzos, logro colocar sus plantas sobre la encumbrada cima de la gloria; elevado por sus heróicas virtudes i singulares merecimientos al mas alto grado de honor i de grandeza.

¿ Quien podrá disputar al héroe de los héroes granadinos la preeminencia en el jeneroso desinterés con que prestó á su patria los mas importantes servicios? En el año mismo en que se proclamó la independendencia del pais, cuando muchos se habian enriquecido, i agotaban en profusiones el tesoro público, NEIRA que apenas contaba entonces 18 años, nombrado por el gobierno de Tunja capitán de las milicias de Guachetá i Lengnasaque, sostenia con su peculio un piquete permanente de 25 hombres. En el año de 19, cuando las armas republicanas arrojaron del territorio las huestes peninsulares, algunos que nada habian perdido, durante los tres años de aquella sangrienta dominacion, consiguieron, en recompensa de sus verdaderos ó supuestos sacrificios, haberes militares de mucho valor, tal vez con grave detrimento de sus léjítimos dueños. Pero el virtuoso NEIRA que habia abandonado intereses de consideracion, marchando incorporado á los restos del ejército que emigraban: NEIRA, que en las mortíferas i desiertas llanuras de San Martín i Casanare, habia sufrido, con entereza i resignacion, las mas inauditas penalidades: NEIRA, que cual otro Leonidas, seguido de unos pocos valientes, habia embestido al formidable ejército enemigo, á corta distancia de la capital: NEIRA cuyo fortuna se habia arruinado con la permanencia de las tropas expedicionarias; luego que se hubo medio organizado el gobierno nacional, solo cuidó de recuperar, sin estrépito, los resagos que quedaban de su antigua pertenencia. I no bien los habia arreglado, marcha espontáneamente á la carupuña del Sur, costeándose en todo de su bolsillo, sin admitir sueldo alguno, ni aun lo que se llama racion. Despues de haberse distinguido por su natural intrepidez i denuedo en la batalla de Pitayó, el mal estado en que se encontraba su salud, le precisó á regresarse á su casa, no para vivir en la inaccion, alimentándose á espensas del erario, sino para proporcionar á

su familia todos los recursos de que carecia, trabajando personalmente, como otro Cincinato, en la cultura de sus campos, i mejora de su hacienda; contribuyendo al mismo tiempo con sus donativos i demás pensiones onerosas, del modo que lo exijan las urgencias del Estado. Jamás pretendió empleo honorifico, ni productivo; i en los que se le obligó á desempeñar, se manejó con tanto acierto, con tal recatad, probidad i desinterés, que puede asegurarse sin ponderacion: que NEIRA nunca quiso honrarse con los destinos, pero que siempre honró los destinos que se le confiaron.

Grande fué sin duda el amor que tuvo á su esposa i á sus hijos: bien conocida su decision por las tareas inocentes del campo, no menos que por el dulce reposo de la vida privada. Mas cuando la patria se vé amenazada de algun peligro inminente, NEIRA todo lo abandona; la voz imperiosa del deber le hace olvidar en aquellos instantes los mas caros objetos de su corazon. Su celo patriótico le enajena: embraza su temible lanza, i vuela á salvar del naufragio la navecilla del Estado. Las primeras miradas que arroja sobre el pueblo son presajios seguros de la victoria. Su presencia es una nube eléctrica que ajita i enardece los ánimos de cuantos le rodean: los ciudadanos de todas clases invocan su nombre con respetuoso entusiasmo, i contemplan en sus ojos des rayos esterminadores de los enemigos del orden. Se dirige al campo de batalla con la serenidad de un Anibal: un oculto presentimiento le asegura, que no necesita esponer las vidas, sino de muy pocos guerreros para conseguir el triunfo, i el éxito lo acredita. Al lado de NEIRA todos se creen invulnerables: junto á NEIRA ninguno es cobarde. Mas ¡oh fatalidad indecible! ¡En todos los combates una bala sacrilega rompe sus venas i quebranta alguno de sus huesos! Pero no importa; el héroe disimula su dolor: sus heridas no se notan, sino despues que muchos de los rebeldes han mordido el polvo, i desaparecido el resto llenos de espanto i de terror. Lejos de acobardarle las agudas dolencias de la llaga que martiniza su cuerpo, una graciosa sonrisa anuncia el noble placer que experimenta su alma, por haber añadido á la patria un nuevo sacrificio de su sangre. ¡Queridos compatriotas! ¡Este es el hombre que acabamos de perder! ¡O Dios incomprendible en los juicios de vuestra providencia! Centenares de arbustos estériles i tal vez nocivos ocupan los bellos campos de la Nueva Granada: crecen i se elevan hasta oentlar á nuestros ojos, con su impura sombra, los rayos benéficos de la luz: la mano destructora de los seres parece que se desdena de acometerles. ¡I aquella oliva frondosa que embelczaba nuestros afectos, i cuyos regalados frutos aun no habian acabado de sazouarse, cae por tierra en un momento intempestivo? ¡Qué otro consuelo puede quedarnos

ya sino el de regar con nuestro acerbo llanto aquellos preciosos ramos marchitos i destrozados! ¡Ah! Pero mitigue algun tanto nuestro dolor la consideracion de que el pueblo bogotano no ha sido ingrato á su bienhechor.

Despues de haber vencido David al tremendo Filistéo, regresó á la ciudad, i fué recibido enmedio de los aplausos i festivas aclamaciones del pueblo. Pero lo que hizo mas espléndido su triunfo, fué que las matronas i las doncellas de Israel le salieron al encuentro, colmándole de eiojias, i manifiestándole del modo mas espresivo su gratitud, por haberlas libertado de los horrores á que se vieron espuestas. Ved aquí una perfecta semejanza del tierno i maravilloso espectáculo que se ofreció en la plaza mayor de esta ciudad el 24 de noviembre, cuando las ilustres jóvenes bogotanas, despues de haber encomiado las glorias del vencedor en Buenavista, ciñeron su cabeza con el mas digno trofeo que pudiera consagrarle la virtud agradecida. El estado de suma languidez en que se encontraba el héroe, no permitió á su modestia rehusar esta honra que se le hacia, como hubiera rehusado otras muchas. Pero el supremo remunerador del verdadero mérito ordenaba, que muriese rodeado de honores i de respetos el que habia vivido colmado de gloria i de virtudes. NEIRA en los últimos instantes de su vida pudo decir á los granadinos lo que dijo Epaminondas á los Tebanos, hallándose agonizante á causa de la cruel herida que habia recibido en la batalla de Mantinéu: "No mireis este dia como el último de mi vida; porque es mas bien el principio de mi felicidad, i el colmo de mi gloria. Dejo triunfantes á los Tebanos, abatidos á los Espartanos i libres á los Griegos."

Si la suscita narracion que dejo hecha es suficiente para mostraros en el coronel NEIRA un modelo del mas desinteresado patriotismo; lo que aun me resta decir, os lo hará ver igualmente como un ejemplar nada comun de verdadero catolicismo: *In omnibus, te ipsum prebe.*..... Pasemos á la—

SEGUNDA PROPOSICION.

Se observan de tiempo en tiempo en el mundo ciertas enfermedades epidémicas, tan contagiosas i malignas, que solo por un milagro de la Omnipotencia logran salvarse unos pocos del vértigo desolador. La parte intelectual del hombre, del mismo modo que la física, no está esenta de inficionarse con otro jénero de contagios todavia mas temibles i desastrosos. Pero cuando estos se han casi jeneralizado en un pais, todo aquel que tiene la dicha de conservarse ileso, presenta en sí mismo un prodijio tan raro, como el que ofrecieron los jóvenes Israelitas enmedio del horno de Babilonia.

El espíritu filosófico, el espíritu del siglo, ó mejor diré, el veneno mortífero con que Hobes, Voltaire, Espinosa i otros emponzoñaron las ciencias i los entendimientos, ha sido efectivamente una negra calamidad para el jénero humano, i mucho mas para la iglesia de Jesucristo; porque ¡cuantos crímenes, cuantos horrendos atentados contra Dios, i contra la misma naturaleza, no se han cometido á nombre de la filosofía i de las luces del siglo? En América, en la Nueva Granada ¡no hemos visto desencadenarse las furias del averno, llevando por todas partes la impiedad, el libertinaje, i por consiguiente la ruina, el i esterminio de todas las virtudes sociales? ¡No se han visto conculcados impunemente los preceptos divinos i eclesiásticos, degradado el sacerdocio, interrumpido el culto en algunos templos que han sido legalmente saqueados como en los días procelosos de Antioco, de Baltazar i de Robespierre? Los fieles adoradores del Ser Supremo ¡no han sido calificados de fanáticos i supersticiosos por la torpeza de aquellos que no reconocen otros dogmas, ni otras reglas de conducta, sino el placer, la licencia i el material principio de utilidad? En medio de tan deshecha borrasca, mas de una vez, nos vimos precisados á levantar nuestras manos, exclamando como los Apóstoles allá en el mar de Tiberiades: ¡salvadnos Señor, que perecemos! Porque ciertamente no habia esperanza de que alguno pudiera escapar de verse envuelto en aquella espantosa inundacion que amenazaba cubrir hasta las montañas mas elevadas, i que venia arrancando de raiz los mas gruesos i robustos cedros. Pero ¡ó prodijio de la Divina clemencia! Aquel que pudo hacer que unos pocos se salvaran del diluvio universal i del incendio de Sodoma, sostuvo tambien con su diestra un número considerable de almas invencibles, que conservaron intacta la religion de sus padres i la moral cristiana, en medio del contajio que difundia en todos los pueblos i ciudades el vértigo filosófico, el espíritu de irreligion i libertinaje. Uno de estos escojidos fué el siempre piadoso, el siempre caritativo, el siempre católico apostólico romano JUAN JOSE NEIRA. Si yo no estuviese convencido de esta verdad consoladora, nunca mis labios hubieran pronunciado su elogio en la cátedra del Espíritu Santo.

Si, NEIRA fué uno de los pocos guerreros que jamas marchitaron sus laureles ofendiendo la moral pública, ni prostituyendo sus deberes relijiosos. Tan arrojado, tan temible en los combates como Julio César; pero tan manso, tan humilde, tan devoto al pie de los altares, como Fernando 6.º ¡No se le vió infinitas ocasiones prosternado ante las aras de Maria Santisima, en su Santuario de Chiquinquira, cumpliéndole sus votos, tributándole sus alabanzas, é implorando sus misericordias? ¡No se le vió igualmente consagrar una parte de sus bienes al

culto de la Madre de Dios, i de otros santos á quienes habia escogido por sus protectores? Poco tiempo despues de haber vuelto de la campaña del Sur, victorioso i aplaudido, sus primeros cuidados se dirijen á reunir una suma considerable para costear la solemne fiesta que se celebra en el desierto de la Candelaria el dia 2 de febrero; quedándose despues en aquel retiro, entregado por nueve dias á unos ejercicios espirituales. En el año de 27, agoviado por las duras fatigas de una vida tan activa i tan laboriosa como la suya; advirtiendo que su salud se hallaba, por esta causa mui quebrantada, suspende por corto tiempo las tareas i los cuidados domésticos, pero entre tanto se dirige de nuevo al mismo convento del Desierto á purificar, á nutrir i fortalecer su alma, repitiendo por otros nueve dias, los ejercicios espirituales, segun el método de San Ignacio. Entonces fué cuando el sacerdote que lo dirijió, pudo penetrar el fondo de piedad, de misericordia i de celo por los intereses de la religion que encerraba su alma. Sus graneros, como los del Virrei de Egipto, siempre estuvieron abiertos á las necesidades, que miraban en él un agente visible de la Providencia. Cuando todos veiamos un hambre canina, ansiosa de devorar la escasa subsistencia de los regulares, el Coronel NEIRA se complacia en franquear á los pobres relijiosos del Retiro, jenerosa i gratuitamente, cuantos auxilios juzgaba que pudiesen necesitar; i las mas veces sin que ellos se lo exigieran.

Ultimamente para no ser molesto, ¡A cuantos edificaron las fervorosas plegarias con que imploró el auxilio del Todo Poderoso, i la proteccion del Apóstol San Judas Tadeo el mismo dia que marchaba de esta ciudad al combate de la Culebrera! ¡Con cuanta amargura, con quanto dolor se lamentaba la noche de su muerte, de que no se le hubiese administrado públicamente el Viático, para acreditar que moria cristiano apostólico romano, como habia vivido!

¡Qué espectáculo tan majestuoso el que presenta á los ojos del hombre la piedad unida al patriotismo i al valor! El bizarro i heroico caudillo, á cuyos esfuerzos debe la República una gran parte de la tranquilidad que empieza ya á disfrutar, ¡hubiera cautivado tanto nuestros corazones, hubiera arrebatado todos nuestros afectos, tal vez con preferencia al fundador de Colombia, si le hubiese faltado la honrosa cualidad de verdadero católico, i si no estuviésemos plenamente convencidos de que era tan acérrimo defensor de las leyes del estado, como de las de la iglesia! ¡Ah! Neira, sin los piadosos sentimientos que le distinguieron, habria pasado entre nosotros por un soldado común, por uno de tantos bárbaros que, sin temor, se arrojan á los pel gros, porque saben que vale mui poco su vida, i por lo mismo, procura i cuanto antes deshucerse de ella. El valor sin la religion deja de ser ya una virtud apreciable; i si con ella es

grandeza de alma, separado no viene á ser sino rusticidad, fiereza de corazon i embotamiento de espíritu. Alguno de tantos necios que presumen de sabios, podrá replicarme. Autores mui respetables aseguran, que las prácticas de devocion, las ideas relijiosas son incompatibles con los brios marciales; i que un devoto no puede ser buen soldado. ¡Que torpeza! ¡que mala fe! ¡que falta de conocimientos históricos, i aun de experiencia! En tiempo de los emperadores paganos ¿quien llegó á esceder en fortaleza i denuedo á los soldados cristianos que militaban bajo sus banderas? No obstante el desórden i la licencia que reinan por lo comun en un ejército volante, ellos siempre tenian sus horas señaladas para la oracion, gustaban muchas veces gran parte de la noche, tributando alabanzas á su Creador; i no fué raro, que acabando de humillar á los enemigos del príncipe, corriesen con igual intrepidez á derramar su sangre en los anfiteatros por sostener los sacrosantos dogmas del Crucificado. Pero no necesito de remontarme mui allá á buscar ejemplos en los Constantinos, en los Tiberios, en los Mauricios, en los Turenas, en los Condé i otros muchos; entre nosotros mismos, en estos últimos dias ¿quien mas valiente que NEIRA, i que milita mas devoto que NEIRA?

La relijion engrandece al alma i la fortifica, lejos de debilitarla. El hombre teme menos la muerte, cuando no le horrorizan sus consecuencias: mira los peligros con impavidez, i los acomete con serenidad siempre que el deber lo impele. Si, nada tiene que temer despues de la muerte aquel que, combatiendo por una causa justa, obedece á Dios i honra á su patria. Nosotros mismos lamentamos hoy la pérdida de un heroe que no teniendo ya otros grados de gloria á que aspirar en este mundo, por haber llegado al cúmulo de ella, creyó siempre que la piedad cristiana debía ennoblecer i realzar los primeros i últimos trofeos de su vida. El supo humillar aquella frente belicosa ceñida de laureles al suave yugo de Jesucristo. I cuando por todas partes resonaba su nombre, i todos admiraban su valor i sus hazañas, él bendecía, allí en el secreto de su corazon, la mano poderosa que lo ensalzaba, i jemia al contemplar los estravios i la pérdida de tantos veteranos compañeros suyos, cuya muerte labraba su corona. El, finalmente, adoptando por norma invariable de su conducta la exortacion mencionada del Apóstol San Pablo consiguió ser para los granadinos un modelo del mas puro i desinteresado patriotismo; igualmente que un ejemplar nada comun de verdadero catolicismo. *In omnibus te ipsam praebe exemplum bonorum operum.*

Ahora bien, carísimos hermanos, si tantos, tan grandes i tan justos motivos tuvimos para apreciar en vida al Coronel NEIRA, para aflijirnos en su última enfermedad, para llorarle en su muerte i para honrar hoy su memoria. ¿Como no hemos

de hacer tambien glorioso su sepulcro, sepultando en él al monstruo abominable de la discordia, sacrificándole nuestras desavenencias, nuestros ódios i resentimientos, i jurando al pie de su tumba trabajar todos de aduertdo en restablecer el órden i la pública tranquilidad? Sí, hagamos un esfuerzo i lo conseguiremos. I vos ¡ó Padre de las misericordias! ¡O Dios de consolacion i de paz! calmad los espíritus, reconciliad los corazones, volved la dicha á los pueblos. Apasiguese ya vuestra cólera á vista de los estragos que ha ocasionado entre nosotros la guerra civil; que la rama de las poblaciones i de los campos; que la pérdida de tantas almas desarmon vuestro brazo levantado tanto tiempo sobre nuestras cabezas. Escuchad las plegarias i los lamentos del sacerdocio que, consternado al ver las calamidades de Israel, os dice con el Profeta: ¡Señor, tanto tiempo ha que aguardamos la paz; pero esto bien no aparece; creíamos tocar los dias de consolacion; pero vemos que se prolongan los de amargura! No deshecheis ¡ó Dios clementísimo! nuestros clamores: dadnos la paz, i recompensad con los tesoros infinitos de vuestra gloria, las virtudes civiles i relijiosas de aquel que, no dudamos, reposa actualmente en paz.

SONETOS.

El Jénio bienhechor, á cuya espada,
De todos los rebeldes tan temida,
Debemos el honor, bienes i vida
I nuevas glorias de la Patria amada:

NEIRA, á cuya virtud acrisolada
Toda Nueva Granada agradecida,
Apresta la corona que es debida
Al héroe por quien fuera libertada.

NEIRA del bogotano idolatrado,
Que en la hora de peligros aparece,
I luego que los riesgos han pasado
Del teatro de su gloria desaparece
Cuando el pueblo lo aclama entusiasmado
Por su libertador; ay, Dios! faliecc.

¿De qué sirve la pompa fúnebraria?
¿Qué aprovechan las lágrimas i el luto
Al que mientras vivió con ojo enjuto
Desoyó de los tristes la plegaria?

La historia, ni parcia!, ni mercenaria
Despreciará en su fallo tal tributo;
A los piés del Eterno no dan fruto
Lores á una mano sanguinaria,

¡ Próceres de la tierra ! No os eximen
 Los hombres de los juicios divinales,
 Por mas que en las exéquias os sublimen.

Si glorias anhelais sólidas, reales,
 Finad cual NEIRA sin borron, sin crimen,
 I sereis por mil siglos inmortales.—F. G.

SESTILLA.

El destino feróz que enervudecido
 Sentir nos hace su inflexible mano,
 Lanzando sobre un pueblo ya aflijido
 La peste i guerra con furor insano,
 Hasta el extremo su rigor ha usado:
 ¡ Con NEIRA la esperanza ha sepultado !

Fallece el hombre; i la amistad suspira
 Mienstras que mira su cadáver tibio;
 Mas halla alivio i se disipa el duelo,
 Vuelto de hielo.

Fallece el héroe; i su pais le llora,
 I no avinora su posar un año;
 Que en cuanto daño á la nacion asulta
 Notan su falta.

Al que su patria conservó incólume
 Herencia insigne de recuerdos queda:
 ¿ Qué gloria hereda el adalid perjuro ?
 Tánulo obscuro.

¡ Asi por NEIRA el sentimiento crece !
 ¡ Asi borace en estrellado sólio,
 I en cerco folio que la historia escribe,
 Máximo vive !—F. G.

Esa tumba que miras silenciosa
 De fúnebres guirnaldas coronada;
 Esa lápida triste que enlutada
 Del sarcófago guarda cuidadosa;
 Es la postrer mancion donde reposa
 Reliquia veneranda. Allí postrada
 Lloró la Libertad desconsolada
 I el vale eterno dióle cariñosa.

La volcanica cima airada i bella,
 El Ejipto obelisco i el romano,
 El cedro que en el Libano descuelta,
 Al ara funeral su cygullo vano

Vengan á deponer:—Mas grande es ella
Que dentro guarda al HEROE sobre humano

Gruesas nubes se agrupan en oriente,
El Cielo se encapota i se entristece,
I el astro bienhechor desaparece
Ocultando su faz, bella, esplendente.

Rasga el negro velo un rayo ardiente
Con horrendo fragor, i se estremecè
El tímido jasmin que ya florece,
I eleva en el desierto su alba frente.

Nacida en el furor de la tormenta,
De recios vientos siempre combatida,
Esa cándida flor su tallo ostenta:
Mas acaba por fin su triste vida
I la planta tambien que la sustenta:
Ese; ¡oh Patria! es tu Neira.... vos querida!....

NEIRA, el inclito soldado,
Fiel patricio, nunca inerte
En los riesgos del Estado,
Ya; gran Dios depositado
Está en el lecho de muerte.

Columna de la justicia,
Tal fué su vida ejemplar
Que no hallará la malicia
En sus hechos un lunar
De egoismo ni avaricia.

Adquirió fama gloriosa
Que brilla doble en el seno
De la tumba dó reposa;
Porque la fama del bueno
Se acrece desde la fosa.—F. G.

¡ Quereis ; oh ! jenio embellecer la historia !
Venid i led en esta tumba hermosa:
Respiró el heroe esta aura silenciosa,
Si ansioso busca inmarcesible gloria.

De ciprés coronada la victoria,
Ved cual llega con planta relijiosa,
Con llanto inunda la sagrada losa,
I el nombre grava de inmortal memoria.

Llegad jóvenes tiernas candorosas,
I al que os libró de manos atrevidas,
Regad con llantos i cubrid de rosas.

En luto envueltas, de tarai ceñidas,
Llorad al héroe madres afectuosas,
Que de tus hijos conservó las vidas.